

SEDMED

Seguridad y Defensa en el Mediterráneo



CAJAL, Máximo (2006) “La Alianza de Civilizaciones”, en SOLER i LECHA, Eduard y MESTRES, Laia, *V Seminario Internacional sobre Seguridad y Defensa en el Mediterráneo. La seguridad multidimensional*

Barcelona: CIDOB/Ministerio de Defensa, pp. 45-48

SEDMED
Seguridad y Defensa
en el Mediterráneo

www.sedmed.org

Este artículo es el resultado de la ponencia presentada en el V Seminario Internacional sobre Seguridad y Defensa en el Mediterráneo. La seguridad multidimensional, organizado en Barcelona por CIDOB y el Ministerio de Defensa los días 3 y 4 de Diciembre de 2006.

Máximo Cajal

*Embajador de España
Representante de la Presidencia del Gobierno
para la Alianza de Civilizaciones*

No creo equivocarme si afirmo que desde el punto de vista que me corresponde intervenir, el de la Alianza de Civilizaciones, este V Seminario sobre Seguridad y Defensa en el Mediterráneo tiene lugar en el momento adecuado. Hay que felicitar, por tanto, a los responsables del CIDOB por la oportunidad que hoy nos brindan. Difícilmente podían haber elegido unas circunstancias más propicias para darnos cita en Barcelona, a mitad de camino entre el 13 de noviembre –en que tuvo lugar el acto de entrega formal al secretario general de las Naciones Unidas del documento de recomendaciones sobre esta iniciativa– y el que está previsto para el próximo día 18 en Nueva York, donde Kofi Annan presentará su Plan de Acción a la comunidad internacional. Coincidiendo todo ello con las elecciones en Estados Unidos, con las sorprendentes manifestaciones del primer ministro británico sobre la evolución de la guerra en Irak y con los movimientos tácticos de diversos países fronterizos. A todo ello se ha sumado la propuesta sobre Oriente Medio presentada por el presidente del Gobierno el día 16 de noviembre de 2006 en Girona, inmediatamente respaldada por Francia e Italia.

Se proyecta esta cadena de acontecimientos sobre el invariable telón de fondo del deterioro de la situación irakí y de las heridas abiertas en Líbano y en Gaza, del enrocamiento israelí y de la creciente influencia de Irán. Y, naturalmente, sobre el enquistado conflicto israelí-palestino –decisivo factor desestabilizador que trasciende los límites de aquella castigada región– que reclama a voces la urgente reanudación del proceso de paz, aunque ello no guste al primer ministro Olmert. Propuesta ésta que el Grupo de Alto Nivel incluye también entre sus recomendaciones políticas; la más importante de todas, sin duda alguna. Este conflicto es el único que, a su juicio, constituye una amenaza real para la paz y la seguridad en el mundo.

Además de tener una clara dimensión de seguridad –de un concepto “blando” de la seguridad– y una decidida vocación de universalidad, la Alianza de Civilizaciones es, ante todo, una iniciativa política. Es de naturaleza política y de seguridad porque surgió, hace ahora poco más de dos años, del reconocimiento político de la necesidad de plantar cara al peligro de una fractura irremediable entre las sociedades, en particular entre los mundos musulmán y occidental, que, de no corregirse, pone en cuestión la paz y la estabilidad internacionales. Con independencia de otras consideraciones, el enfrentamiento que opone a estos dos mundos no es religioso o

cultural, según pretenden algunos, sino radicalmente político como también sostiene el Grupo de Alto Nivel en su documento de recomendaciones. Además, el núcleo de este problema reside en la cuestión irresuelta de Oriente Medio que simboliza, como ninguna otra, la cada vez más profunda brecha entre Occidente y el Islam y es la causa principal de la creciente fisura entre unas y otras sociedades. Tanto es así que el Grupo afirma sin ambages que de no encauzarse esta situación no se alcanzarán los objetivos de moderación, tolerancia, respeto mutuo, convivencia y aprecio de la diversidad que persigue la Alianza de Civilizaciones; la paz, sobre todo.

También es de naturaleza política la amenaza que pretendemos combatir –¿acaso no lo es la pretensión tantas veces reiterada de imponer el califato universal?–, como políticos son los principios que inspiran la Alianza: la apuesta por el multilateralismo, el resuelto apoyo a la organización a cuyo servicio está destinada, las Naciones Unidas, en la persona de su secretario general; la observancia cabal de la legalidad internacional y el respeto de los derechos humanos, la primacía de la dignidad humana.

Se trata, finalmente, de una iniciativa global pues son globales tanto el peligro que trata de conjurar –en particular el terrorismo– cuanto el llamamiento que nos convoca a todos contra los extremismos así como el ámbito universal por excelencia en que pretende actuar, las Naciones Unidas.

Estos tres rasgos definitorios aparecen reiteradamente en el marco conceptual que configura esta propuesta, en el mandato recibido por el Grupo de Alto Nivel y, por supuesto, a lo largo del documento final hecho público en Estambul. Además de su vocación universal, y sin abandonar la doble dimensión política y de seguridad que le es consustancial, la Alianza de Civilizaciones puede –y debe– contemplarse también desde una perspectiva regional y, por qué no, nacional. Me referiré a continuación a la perspectiva regional, mediterránea en el caso que nos ocupa.

En primer término, las directrices políticas que proclama esta propuesta no se reducen a un puñado de bienintencionadas invocaciones éticas, de moral internacional y de alcance global, destinadas a ser ignoradas o a ser conculcadas deliberadamente. Nos obligan a los gobiernos, a las organizaciones internacionales y a la sociedad civil, y nadie escapa a su exigencia. Como se está viendo, sin la aplicación en la práctica internacional de este entramado ético, la convivencia entre las naciones será cada vez más difícil y, con el tiempo, la tensión internacional se hará insostenible. Precisamente por ello es también en el ámbito nacional donde hemos de empezar a hacer realidad aquellos principios, para que nuestro discurso hacia el exterior, siempre tan fácil de prodigar, no se vea desmentido por los hechos. Para que no puedan echarnos en cara el reproche, tan reiterado, de la doble moral, del doble rasero, en especial cuando se trata de la promoción de la democracia y de la aplicación del derecho internacional.

A nadie habrá pasado desapercibido el hecho de que los dos co-patrocinadores de esta propuesta sean los primeros ministros de dos países mediterráneos, Turquía y España, situados ambos en los confines de este mar y a los que, según sus propias peculiaridades, corresponde un papel y una responsabilidad primordial en la tarea de preservar nuestra seguridad y defensa. A este propósito –que tiene relevancia regional– debe contribuir decisivamente la Alianza de Civilizaciones si, efectivamente, nos ponemos

todos a ejecutar las medidas concretas que contenga el plan propuesto por Kofi Annan en los campos de la educación, la juventud, los medios de comunicación y los movimientos migratorios. Pero esto no bastará. Será preciso también que observemos escrupulosamente los imperativos morales que contiene la primera parte del documento de recomendaciones del Grupo de Alto Nivel, que sin duda hará suyos el todavía secretario general de las Naciones Unidas.

El Gobierno español, es bien sabido, apoya el ingreso de Turquía en la Unión Europea. Es una opción política plenamente coherente con la filosofía de la Alianza, con independencia de los condicionamientos establecidos a tal efecto por la Comisión Europea, con tal de que no se conviertan en una especie de filibusterismo al alza destinado a hacer imposible la adhesión turca. Siempre que este difícil proceso vaya adelante, cualesquiera sean sus altibajos, esta dinámica positiva dará credibilidad al copatrocinio hispano-turco, a la propia iniciativa y fortalecerá la posición de las mujeres y de los hombres que en Turquía luchan por la modernización de su país. Debilitará simultáneamente la postura de cuantos allí propugnan un nacionalismo antieuropeo exacerbado y una visión integrista del Islam. Confortará también este proceso a cuantos en el mundo árabe siguen con atención los avatares de la demanda turca de adhesión y promueven la evolución de sus respectivas sociedades hacia la modernidad, el respeto de los derechos humanos y los avances democráticos. Mejorará también la percepción que el mundo árabe y musulmán tiene de Europa, que, de fracasar aquel empeño, será vista como un bastión cristiano cerrado al exterior.

La adhesión turca, finalmente, dará a la Unión Europea una proyección decisiva en una región estratégica clave de la masa eurasiática y, si Bruselas no abdica de esta ambición, le permitirá convertirse en un actor principal en el mundo multipolar que se avecina y llevar a ese escenario los valores y principios que constituyen su patrimonio moral. En cualquier caso, desde la visión de la Alianza, el patrocinio turco aporta ya un elemento de simetría a la original iniciativa española al tiempo que fortalece el discurso y los principios que la inspiraron.

Para España, el compromiso no es menor. También nos corresponde desempeñar un papel de ejemplaridad. Hacia dentro y hacia fuera de nuestras fronteras. En el interior, construyendo entre todos ese Estado de las Autonomías que exige, precisamente, la siembra en el terreno de nuestra convivencia de una buena dosis de los principios que promueve la Alianza de Civilizaciones: la moderación, el respeto mutuo y el aprecio de la diversidad. ¿Seremos capaces, por ejemplo, de llevar este imperativo de ética cívica a nuestros manuales educativos? También en el interior, promoviendo una política inmigratoria conforme a las medidas que contenga el Plan de Acción para evitar la xenofobia, la discriminación, el rechazo del "otro" y para incorporar al mismo tiempo éste a los valores y principios de nuestra sociedad.

De puertas afuera, contribuiremos a los objetivos de la Alianza coadyuvando decididamente a la construcción de un Magreb unido, próspero y estable, factor de paz en esta parte del Mediterráneo. Si queremos ser coherentes con nuestro paradigma, Marruecos es nuestra prioridad exterior. Para ello es necesario acometer con valentía nuestro legado y nuestra historia con este país vecino y amigo. Si no lo hacemos, no se restañarán

las heridas que siguen allí abiertas. Repasemos juntos nuestra historia común y saquemos juntos las conclusiones pertinentes. Apoyemos, por supuesto, un estatus privilegiado para el reino vecino en su relación con la Unión Europea. Y asumamos hasta donde sea posible un papel protagonista en el marco del Proceso Euromediterráneo, pieza fundamental en los designios de la Alianza de Civilizaciones para alcanzar las tan necesarias metas de paz y de seguridad en esta conflictiva parte del mundo.

Buena prueba de la credibilidad y virtualidad de esta iniciativa, aplicadas esta vez al marco europeo más amplio, es el constante interés que por ella ha mostrado la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa. España asumirá en 2007 la presidencia de la OSCE. Es ésta otra oportunidad, que no debemos desaprovechar, para conjugar sus esfuerzos y los objetivos que les son comunes, cuya repercusión mediterránea en modo alguno debe ser subestimada.

Recientemente, también la OTAN ha expresado en Riga su reconocimiento del papel de la Alianza de Civilizaciones en la promoción de los valores comunes, de la reforma y del diálogo entre los pueblos y las culturas, y ello en el marco de la lucha contra el terrorismo.